

Vivimos en una **sociedad líquida** como la definió Zygmunt Bauman, donde todo está cuestionado, nada se da por cierto, todo es relativo y multicultural. Cualquier posicionamiento claro o firme se tilda inmediatamente de ultra.

La globalización y la fuerte crisis económica ha visibilizado la debilidad de nuestro sistema. El Estado del Bienestar apenas se puede mantener: la pirámide poblacional no garantiza la sostenibilidad de las pensiones con una natalidad bajo mínimos.

Cada día es más claro que la soledad es la enfermedad del siglo XXI, las deudas países se agigantan y cada día son más impagables, la mano de obra apenas puede sostener unos salarios dignos y existe frustración en amplias capas de población. Todas estas cosas han ayudado a la aparición de los nuevos populismos y al renacer de los nacionalismos.

El odio al otro, el enfrentamiento es lo que realmente nos mueve las tripas. Ciertamente son los sentimientos los que impulsan el voto.

En teoría, para representar a los ciudadanos se necesitaría tener interiorizados unos valores, una estatura moral que guíase la actuación cotidiana de la acción política. Pero al final lo que pesa es el "**votar a los míos**" aunque sea a "**nuestros hijos de puta**". Esto es determinante para que podamos entender cómo se sigue apoyando a personajes como Puigdemont, Lula o Maduro.

No es nada fácil moldear la opinión pública en estas sociedades complejas y desestructuradas. Muchos votantes ante el desconcierto vuelven a pacer en los mismos pagos.

También muchos tienen interiorizado el "mantra" -potenciado desde la clase política- de que quién gana las elecciones consiga borrar todas sus malas actuaciones anteriores, aunque sean corruptas.

Este pensamiento mágico suele olvidar que la justicia normalmente no entiende de ello cuando están abiertos procedimientos judiciales.

Atentamente,

Paz y risas.